

Imaginaos, cristianos, que hoy, en este momento, en medio de esta reunion, se presentase de pronto un ángel del Señor, que haciendo resonar en nuestros oídos las palabras que en otro tiempo decia Elias á los samaritanos, esclamase: Pueblos, ¿hasta cuándo pensais vivir vacilando entre dos partidos? *Quousque claudicatis in duas partes?* Si el Dios de Israel es el verdadero Dios, es forzoso adorarlo; pero si Baal es Dios, es preciso adorarlo. Queridos hermanos, los predicadores son los ángeles del Dios de los ejércitos; os digo, pues, hoy á todos, y Dios quiera que me lo diga tambien á mí: *Quousque claudicatis?* ¿Hasta cuándo habeis de vacilar? Si Jesus es vuestro Rey, tributadle vuestra obediencia; pero si Satanás es vuestro Rey, colocaos junto á Satanás. Es menester adoptar uno de los dos partidos.... ¡Ah, hermanos míos! os estremeceis al oír esta horrible proposicion.—A Jesus, á Jesus decís; este no es caso de pensar. Y yo, no obstante lo que me decís, repito la misma pregunta: *¿Quousque claudicatis in duas partes?* ¿Estareis siempre vacilando sin adoptar un partido como es menester?

Yo soy vuestro Maestro, dice el Señor por boca de su Profeta; ¿dónde está el honor que me debéis? Y si me llamais Señor, ¿por qué no haceis lo que os digo? dice nuestro Señor en su Evangelio. Qué quereis ¿que se crean vuestras palabras ó vuestras acciones?

El Hijo de Dios nos manda que nos acerquemos á su Padre llenos de pureza y de templanza. ¿Por qué, pues, tan infames deseos? ¿Por qué tan vergonzosos desórdenes? Nos manda seamos caritativos y fieles; ¿podrá nunca conciliarse la caridad con nuestras secretas envidias, con nuestras continuas murmuraciones ni con nuestras irreconciliables enemistades? El Hijo de Dios nos manda que socorramos á los pobres en lo que nos sea posible, y nosotros no vacilamos en consumir la sustancia del pobre, ya con crueles rapiñas, ya con usuras casi judáicas. *¿Quousque claudicatis?* Hermanos míos, no hay que vacilar; es preciso ser una cosa ú otra. Si Jesus es nuestro

Rey, démosle nuestras obras, como le damos nuestras palabras. Si Satanás es nuestro Rey... ¡oh abominacion! pero la dureza de nuestros corazones nos obliga á hablar de este modo; si Satanás es nuestro Rey, no le neguemos nuestras palabras, despues de haberle dado nuestras acciones. Pero ¡no permita Dios, hermanos míos, que hagamos jamás semejante eleccion! ¿Cómo podríamos sufrir las miradas de aquel Cordero sin mancilla, muerto por nuestro amor? En aquel terrible dia en que este Rey bajará en toda su magestad para juzgar á los vivos y á los muertos, ¿cómo sufriremos la vista de sus llagas, que nos echarán en cara nuestra ingratitud? ¿Dónde hallaríamos cavernas bastante oscuras y abismos bastante profundos para ocultar tan negra perfidia? ¿Y cómo sufriríamos las reconvenções de aquella tierna amistad, tan indignamente despreciada, y la formidable voz de la sangre del Cordero que en la cruz pidió para nosotros perdon y misericordia, y en aquel dia de cólera pedirá venganza contra nuestra fé mal guardada y contra nuestros no guardados juramentos?

¡Oh Dios eterno! ¡cuán duro, cuán insoportable será ese reinado que en aquellos dias comenzará á ejercer Jesus sobre sus enemigos! Porque al fin, creyentes, es necesario que Jesus reine sobre nosotros. El imperio de las naciones le está prometido en las profecias. Si no reina en nuestras almas por misericordia, reinará por justicia; si no reina por amor y por gracia, reinará por la severidad de sus juicios y por el rigor de sus mandatos. ¿Y qué dirán los malvados cuando sintieren, á pesar suyo, á su Rey que viene á descargar sobre ellos su brazo omnipotente; cuando Dios, hiriendo con una mano y sosteniendo con otra, los atormentará eternamente con sus castigos, sin destruirlos? Y de este modo, siempre vivos y siempre muriendo, inmortales para su pena, demasiado fuertes para morir, y demasiado débiles para padecer, gemirán eternamente en lechos de llamas, afligidos con furiosos é irremediables dolores; y dando al viento desesperadas quejas entre execrables blasfemias, confesarán por medio de una tardía peniten-

a, que nada habia tan razonable como dejar reinar sobre sus almas á Jesus. Dignos son ciertamente de los mas horribles suplicios, por haber preferido la tiranía del usurpador al dulce y legitimo dominio del principe natural. ¡Oh Dios y Padre de misericordia! apartad de nosotros semejantes desgracias.

Hermanos míos, ¿no deseáis que renueve en este dia el juramento de fidelidad que todos nosotros debemos á nuestro gran Rey? Oh Rey Jesus, á quien pertenecemos por el justísimo titulo de que nos habeis rescatado por un precio de amor y de caridad infinita, os reconozco por mi soberano. A vos sólo me consagro. Vuestro amor será mi vida, vuestra ley será la ley de mi corazón. Cantaré vuestras alabanzas, nunca dejaré de publicar vuestras misericordias. Quiero seros fiel, quiero ser vuestro enteramente, quiero consagraros todos mis afanes, quiero vivir y morir en vuestro servicio.»

Oraciones fúnebres de Bossuet.

La oracion fúnebre, lejos de ser una invencion debida á la vanidad humana, tiene su apoyo en la religion; el sentimiento religioso ha despojado á este género de discursos del lado peligroso de la adulacion y la mentira, dándole un carácter de sublimidad digno de la mas alta estima. En la Escritura hallamos la apología de los grandes hombres de Israel, enlazada con la historia de los hechos mas notables de su vida; los Santos Padres hicieron el elogio fúnebre de los emperadores, de los principes y hasta de las damas ilustres por su rango y su piedad.

Prescindiendo en este momento de las condiciones que deben reunir esta clase de composiciones con destino á la cátedra del Espíritu Santo, porque esta materia habremos de

tratarla mas adelante (1), no nos parece fuera de propósito indicar como de pasada, que la santa costumbre de honrar las virtudes de los que fueron, ha estado en uso desde los primeros dias de la humanidad. Abraham coloca á Sara con gran pompa en el sepulcro nuevo que la tenia preparado; Jacob eleva un monumento á Raquel y hace grabar sobre la losa del pavimento un testimonio imperecedero del amor que habia profesado á la compañera de su vida; José abandona la corte de Faraon para encaminarse con sus hermanos á la tumba de Jacob. La Escritura nos dice que los judíos á su salida de Egipto llevaron consigo los restos de sus mayores. En las Actas de los Apóstoles se habla de las lágrimas vertidas en honor del primer mártir de la Iglesia... siempre el homenaje del respeto, de la veneracion, del amor hácia los muertos.

La religion cristiana, no bien apareció en la tierra, hizo sentir su benéfico influjo por medio de la reforma de las costumbres, de la santificacion de todo lo digno, de todo lo noble, de todo lo bueno, de todo lo grande: el Cristianismo, dice Chateaubriand, suministra tantas pruebas de su escelencia, que nos ofrece á cada paso maravillas que admirar. Lo que distingue á la elocuencia del púlpito de la elocuencia profana, es muy particularmente esa tristeza evangélica, esa melancolía sublime, propia de las grandes reflexiones, y de la pena que ha de sentir forzosamente todo aquel que procura conocer el corazón humano para curar sus miserias. La muerte se ofrece al orador sagrado mas bien como principio, que como fin, mas como aurora de un eterno dia, que como ocaso de una existencia de pocas horas; solo la religion cristiana fundó esa gran escuela de la tumba, en que se instruye el ministro del Señor, tras-

(1) Tomo 3.º

mitiendo á los fieles sus impresiones, y de la que Bossuet fué quizá su mejor intérprete.

En la *oracion fúnebre*, Bossuet se alza como una gran figura, superior á cuantos le anteceden; sin rival entre los que le siguen, desde la primera palabra del exordio hasta la última de la peroracion, se vé al orador como impulsado por un entusiasmo no interrumpido, que á primera vista escluye toda idea de arte, de orden y de preparacion; su objeto le atormenta, le anima y le arrastra sin permitirle tomar aliento. Para otros oradores es mucho lograr durante el discurso algunos momentos de feliz inspiracion; mas para Bossuet esto no es nada: los arranques de su genio oratorio, escribe Dusault (1), parece que nacen unos de otros: todo es en él movimiento, vida, animacion: en los instantes en que redobla su entusiasmo, en que despliega sus alas, hasta la elocuencia propiamente dicha, le ofrece estrechos horizontes, limites reducidos. En estos momentos nada le contiene, entra resuelto en la esfera de la poesia, sube hasta sus mas altas regiones, y en ellas se sostiene al nivel de los mas atrevidos genios: no es ya el rival de Demóstenes, sino el de Píndaro. Algunos pasajes de sus oraciones fúnebres son inimitables trozos de poesia lírica. El don de la inspiracion, podemos afirmar, no fué concedido á nadie como á Bossuet; y cuando reflexionamos que su entusiasmo en obras muy estensas, no conoce languidez ni reposo, nos admiramos de este extraordinario privilegio, como de uno de esos fenómenos que asombran á la naturaleza y que desconciertan sus leyes.

Inútilmente procuraríamos, continúa Dusault, conocer y esplicar todas las causas de este prodigio; en su mayor parte

(1) *Notice sur Bossuet.*

quedarán eternamente ocultas en las profundidades del genio; pero aun podemos percibir algunas. La abundancia de sus ideas es la que principalmente produce en Bossuet la de sus rasgos patéticos y la rica variedad de sus espresiones. Sus oraciones fúnebres no son solo sermones teológicos y religiosos: las mas elevadas consideraciones políticas se mezclan en ellos con las instrucciones del Cristianismo, dándonos á conocer al inspirado autor del discurso sobre la *Historia universal*. Bossuet no era solamente un Padre de la Iglesia; pues este título, dado como hemos dicho por uno de sus mas ilustres contemporáneos en la solemnidad de una sesion pública de la academia francesa, no le representa todo entero. Aquel vasto y penetrante talento, que abrazaba toda la teoria de la religion cristiana y sondeaba todos los abismos, habia tambien conocido los misterios del gobierno de los Estados. La religion y la politica son los dos grandes ejes sobre que giran principalmente todas las cosas humanas: son los dos intereses que mueven con mayor fuerza á los hombres; y estos dos intereses estrechamente unidos entre sí, y fortaleciéndose en cierto modo el uno por el otro, son los resortes siempre seguros de la elocuencia de Bossuet: animan constantemente sus trabajos y de continuo le suministran consideraciones opuestas, que responden á todas las contradicciones del corazon, y que son muy superiores á esas antítesis del arte, propias únicamente para lisonjear la imaginacion ó para seducir los oídos. Bien caminando á grandes pasos, como dice San Juan Crisóstomo, sobre las alturas de la religion, ora elevando sus miradas hácia el cielo, ó apartándolas de él para fijarlas en la tierra; hablando al parecer unas veces con los poderes celestiales, interrogando otras á los destinos del mundo visible, y

presentándose á un tiempo como profeta, como padre de la Iglesia, como gran político y como sublime historiador, Bossuet es uno de los hombres que mejor han comprendido todas las enseñanzas, los negocios humanos y las cosas divinas, el Cristianismo y la política. Esta doble ciencia es, sin contradicción, uno de los recursos de esa singular elocuencia que lo caracteriza y que lo pone fuera de toda comparacion, así como lo eleva sobre toda rivalidad.

La inspiracion constante que le agita y al parecer le turba, ese entusiasmo que se comunica al lector embriagándole, ha hecho creer á muchos que la oratoria de Bossuet en accion debía ser mucho mas impetuosa que regular, empleando en sus discursos menos método que genio. En efecto, su método es poco sensible, aunque no por eso carece de realidad: ¿cómo si no puede esplicarse que un dialéctico tan consumado pudiera nunca dejarse arrastrar sin saberlo fuera de los límites de una lógica exacta?... Los planes de Bossuet en sus oraciones fúnebres son sencillos, igualmente que sus textos; pero si en ellos fijamos nuestra atención, advertiremos que los sigue escrupulosamente, que llena todas las divisiones, que profundiza de la misma manera todas sus divisiones, y que nunca, ni aun en los mas inesperados movimientos de su vuelo, pierde de vista el camino que de antemano se habia trazado. Esta especie de descubrimiento es tambien una tranquila satisfacción que la reflexiva lectura de sus obras añade á la admiración que desde luego nos causan y al tumultuoso encanto de las primeras sensaciones. Es ciertamente agradable poder percibir en medio del torrente del genio, la seguridad de sus pasos, la posesion de sí mismo, que le engrandece y dá una idea mas acabada de su poder.

Algunos aficionados á terminar con esmero todas las cosas confunden este *cuidado* con la *perfeccion*, porque estas dos palabras á primera vista presentan casi la misma idea, y se atreven á censurar á Bossuet por los defectos que se advierten en su locucion: lástima nos inspiran ciertamente los que así obran tratando de amortiguar el entusiasmo que inspira el genio. ¿Qué seria de esa especie de improvisacion y de inspiracion repentina que le es propia y que con sumo placer hallamos siempre aun en las mas trabajadas obras de Bossuet? La cuidadosa medianía puede llegar al *esmero*, pero está siempre lejos de la *perfeccion*; de aquí que apenas advertimos lo que falta á Bossuet, al contemplar las extraordinarias bellezas que por todas partes lucen en sus composiciones, y hasta en los defectos que su estilo suele ofrecernos vemos que concurren al resultado y á la ilusion oratoria. Por otra parte, ¡qué riqueza y qué energía no hay en aquel estilo, que únicamente toma del pensamiento, de quien es la imagen mas natural y mas viva, sus colores y sus adornos! ¡qué variedad en los rasgos patéticos! ¡qué abundancia y qué magnificencia en las descripciones! ¡qué tesoro de palabras, grandes, pintorescas, animadas y vivas, por decirlo así! ¡qué franca y varonil armonía!

Justifiquemos ahora con ejemplos el minucioso juicio que acerca de la elocuencia del gran Bossuet acabamos de transcribir.

Donde se nos ofrece á mayor altura, es sin duda en las *Oraciones fúnebres* de la reina de Inglaterra, de la duquesa de Orleans y del gran Condé.

En la primera mostró hasta dónde puede elevarse la palabra del hombre. Oigámosle: desde el exordio. Desde que anun-

cia el texto, descubre sus vastas ideas, indicando las grandes instrucciones que se propone dar á los reyes: *Et nunc, reges, intelligite; erudimini, qui judicatis terram*. Aprended ahora, oh reyes: instruios vosotros, jueces de la tierra.

«El que reina en los cielos y del cual dimanar todos los imperios; Aquel á quien pertenece la gloria, la magestad y la independencia, es tambien el que se glorifica dictando á los reyes sublimes preceptos, trazándoles el camino que deben seguir. Ora eleve los tronos ó los reduzca á la nada, ora les comunique una parte de su poder, ó reserve para sí los títulos de su grandeza, siempre les enseña de un modo digno de su sabiduría y su paternal solicitud... Así es como instruye á los príncipes, no solamente con discursos y con palabras, sino tambien con acciones y con ejemplos. *Et nunc, reges, intelligite; erudimini, qui judicatis terram*.

Cristianos: cuando el recuerdo de una gran señora, hija, esposa, madre de monarcas muy poderosos y soberana de tres imperios, nos congrega, nos llama á esta triste ceremonia, este discurso ha de ofreceros uno de esos irrecusables testimonios que muestran á los ojos del mundo toda entera su vanidad. Vereis reunidas en una sola vida todas las estremidades de las cosas humanas; la felicidad y las desgracias, el legítimo y tranquilo goce de una de las mas brillantes coronas del universo y todo lo que puede contribuir al esplendor del nacimiento, reunido en una sola persona, espuesta mas tarde á todos los caprichos y los ultrajes de una adversa fortuna. La buena causa defendida en un principio con éxito, y despues reveses repentinos é inesperados; cambios inauditos, la rebelion por largo tiempo contenida, dueña al fin de todo; la licencia sin freno, las leyes abolidas, la magestad violada por medio de atentados desconocidos hasta entonces, la usurpacion y la tirania bajo el nombre de libertad, una reina fugitiva que no encuentra asilo alguno en tres reinos, y para quien su propia

pátria se convierte en triste lugar de destierro, nueve viajes emprendidos por una princesa, no obstante las tempestades del Océano; el mar lleno de asombro por verse atravesado tantas veces de tan diversos modos y por tan diferentes causas; un trono indignamente derribado y milagrosamente restablecido... Tales son las instrucciones que Dios dá á los reyes, haciendo de esta manera ver al mundo la nada de sus glorias y sus grandezas. Si las palabras nos faltan, si las espresiones no corresponden á una materia tan vasta y tan elevada, las cosas hablarán bastante por sí mismas; el corazon de una gran reina, realizada en otro tiempo por una larga série de prosperidades, y sumergido despues repentinamente en un abismo de amargura, dirá mas aun que yo pudiera decir. Y si acaso no nos fuera lícito á los particulares dar lecciones á los príncipes acerca de tan estraños acontecimientos, un rey me suministra palabras para decirles: *Et nunc, reges, intelligite, erudimini, qui judicatis terram*. Oíd, grandes de la tierra; instruios, árbitros del mundo.»

Este exordio, uno de los mas admirables que nos ofrece Bossuet, dá á conocer el carácter de las oraciones fúnebres dentro del santuario. Si pinta las virtudes de los héroes, si hace brillar su gloria y si describe sus infortunios, no es tanto por hacer su elogio como para dar una gran leccion, y el elogio mismo le sirve de medio para lograr su fin. Ha meditado profundamente acerca de todas las circunstancias de la vida del personaje que quiere celebrar; se ha colocado en el terreno de los acontecimientos, los ha visto en sus principios y considerado en sus consecuencias; ha buscado la instruccion que debia salir de todo aquel conjunto, y una importante verdad se ha apoderado de su genio, llenándolo y atormentándolo, hasta el punto que sin querer se le escapa de las primeras palabras que pronuncia. Entonces parece que toda

su alma pasa á los que le escuchan; los eleva sobre sí mismos; los arrastra hasta sí, manteniéndolos á la misma altura durante toda la série de su discurso.

La *Oracion fúnebre* de la reina de Inglaterra, dice el Cardenal Bausset, ha sido durante mas de un siglo objeto de la profunda meditacion de los hombres religiosos y de los hombres de Estado. Nunca la alianza de la religion con la política, el peligro de las innovaciones religiosas y las terribles consecuencias de las máximas anárquicas habian sido presentadas bajo caracteres mas perfectos. Al leerla, no sabemos si admirar en primer término al Pontífice que habla á nombre del cielo, ó al sábio político que anuncia á los pueblos y á los reyes, que todas las revoluciones tienen su origen en la inmoralidad, en las arbitrariedades y en las tiranías de los poderes públicos.

Nosotros, que desgraciadamente venimos presenciando desde que tenemos uso de razon tumultos, revueltas, desasosiego, intranquilidad; nosotros, que hemos visto cambiarse las dinastías, trocarse en mendigos ilustres reyes esclarecidos; nosotros, al leer á Bossuet en muchas de sus oraciones fúnebres, y en especial en las que hemos indicado, nos parece escuchar la voz del Profeta, anunciando dias de luto para la nueva Jerusalem.

Jóvenes, á quienes únicamente podemos tener la osadía de dirigirnos, ocasiones se os han de ofrecer en que podais imitar al gran Bossuet: si alguna vez subís al púlpito para recordar al mundo las glorias que fueron, los dias de triunfo que pasaron; si se os confia el encomio de los héroes de la pátria, procurad, procurad que el espíritu del orador, á quien bien á pesar nuestro tenemos que juzgar ligeramente, vivifique el

vuestro. No guardéis contemplaciones; decid la verdad con el respeto debido á vuestra mision, que está por cima de las cosas humanas; decid al mundo que vá estraviado, que sigue una senda de perdicion: decid á los pueblos qué ejemplos deben imitar y á quiénes deben dar crédito; decid, en fin, á todos que el dia en que la virtud se aleje de nosotros, el dia en que España pierda su antiguo lazo de misteriosa union; el dia en que no seamos todos iguales por considerarnos hijos del mismo Dios, ese dia España sucumbirá, España dejará de ser un pueblo clásico de la libertad, para convertirse en patrimonio de la ambicion del que logre subyugarla.

Ministros del santuario, vosotros sois la única esperanza, vosotros los que podeis hablar el lenguaje de la verdad, porque sois los depositarios de la doctrina; decidla, decidla con la energía, con la fuerza de Bossuet: sirvaos de modelo este orador ilustre, sin olvidar jamás las condiciones especialísimas de la localidad en que pronuncieis vuestros discursos y el auditorio que os escuche.

Bossuet nos revela su genio en la *Oracion fúnebre* de la reina de Inglaterra; ved ahora su corazon en la que, anegado en llanto, pronuncia con motivo de la muerte de la duquesa de Orleans:

«Penoso deber, triste destino el mio al venir de nuevo á este sitio á tributar el último de los homenajes á la muy escelsa princesa Enriqueta Ana de Inglaterra, duquesa de Orleans. La que yo habia visto postrada en ese sitio; la que con los ojos rasados en lágrimas oyera mi humilde tributo de admiracion hácia la reina su madre, debia ser en breve objeto de un nuevo discurso, estándome á mí reservado el pronunciarle conmovido delante de vosotros.